

R.43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

1ª Serie

TOMO SEGUNDO.



MADRID,  
IMPRENTA NACIONAL.  
1860.

DISCUTIENDO

1880

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.

1880



1880

ACADEMIA ESPAÑOLA

1880

DISCURSO

DEL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON MANUEL CAÑETE.

SEÑORES: Costumbre gallarda ha sido siempre, aún en los más claros varones á quien la Real Academia Española ha recibido en su seno, declarar en ocasion como esta no haber merecimiento que supere en importancia á la honra de sentarse entre vosotros. Yo ménos que ninguno de vuestros elegidos podria interrumpir esta loable costumbre, porque tal vez más que todos ellos soy deudor á vuestra indulgencia de inmerecidos favores. Momentos hay en los que apenas acierto á darme cuenta de cómo yo, falto de la ciencia que poseeis, logro este codiciado honor y llego á hermanar con hombres venerables por los años y la virtud, por los servicios á la patria, por el saber y la gloria.

Una sola consideracion pudo, Señores, influir en vosotros para no desairar mi noble deseo. Habeis visto la constancia con que, por espacio de algunos años, he defendido ardientemente los fueros legítimos del arte, sin que en la lucha diaria para mantener la integridad del idioma patrio y acudir en defensa de los principios del buen gusto, se torciese nunca mi pluma del lado de la injusticia voluntaria, ni rindiese tributo á la venalidad que prostituye las letras. Por ello, animados de un impulso

generoso, habeis perdonado en mí el poco caudal de inteligencia y doctrina, para recordar y recompensar el encendido entusiasmo, los bien intencionados propósitos, la sinceridad y rectitud, que avaloran, si no autorizan, la crítica, conquistándole á justo título la benevolencia de los doctos.

Completa sería hoy mi dicha, si no la enturbiase el ver compeñada en este sitio la ley por quien se rige la humanidad, que vive y se desarrolla sin que lo estorbe el limitado existir de las generaciones y razas en el curso de los siglos. Indigno fuera yo de ascender al Capitolio de las letras, si, desvanecido por el triunfo, no consagrarse un recuerdo á mi predecesor el baron de Lajoyosa, á quien tres insignes Academias contaron en el número de sus más celosos individuos.

Y ahora, permitidme volver los ojos al objeto predilecto de mis amores literarios, á la casta y benéfica poesía, rayo (segun las elocuentes palabras de nuestro Cervántes) que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho.

Más de una vez se ha repetido que la variedad de combinaciones con que brinda la naturaleza al que goza en admirarla, es fuente siempre nueva de inspiracion y de poesía. Y como nada se expresa mejor que lo que se siente bien; como teniendo alma no es posible permanecer indiferente á la belleza de los campos, de los mares ó de los cielos; como el inmenso poderío del Criador se muestra, así en la desordenada furia cuanto en la paz de los elementos, así en el aterido invierno, que despoja á la tierra de sus galas y parece que la aproxima á la muerte, como en la risueña primavera, llena de vida, de flores y fragancia, la poesía nutrida en el amor de la soledad y acostumbrada á respirar el aire embalsamado de las montañas, ha

de ser necesariamente bella, interesante, verdadera, si no se halla viciado el ingenio por el mal gusto, ó maleado el corazón y extraviada la inteligencia por el pernicioso influjo de una bastarda filosofía.

Tiene crédito aún la opinion de que la poesía sirve sólo para deleitar embelleciendo ficciones; y de aquí deducen algunos que no existe donde no hay ficcion, ó cuando ménos, que esta es su principal elemento constitutivo. Pero yo, Señores Académicos, he tenido siempre por más exacto que la poesía es ante todo verdad, y que vive de la sinceridad de sentimiento y de expresion. Jamás será poeta el hombre que no sienta animarse la naturaleza á los latidos de su pecho, que no halle conceptos de una elocuencia infinita en el susurro de las hojas, en el murmurio de las fuentes, en el cantar de las aves.

«Para abarcar el conjunto de la naturaleza, ha dicho un gran escritor filósofo (1), es preciso no fijarse únicamente en los fenómenos externos, sino hacer siquiera por entrever algunas de las misteriosas analogías y armonías morales que ligan al hombre con el mundo exterior.»

Reflejándose en la imaginacion aquel sublime espectáculo, ha conmovido siempre el alma y empeñado á los depositarios del rayo divino de la inspiracion en revelar por medio de la fuerza pintoresca de la palabra, quién con más originalidad, quién con ménos, el sentimiento que inspira la contemplacion de la naturaleza. Y de aquí mi propósito de examinar cómo han expresado este sentimiento tres esclarecidos ingenios españoles de otras edades, en quien se reunen circunstancias cuyo estudio puede servir para mejor comprender la historia de la poesía lírica posterior al renacimiento literario, y cuyo nùmen se desarrolló en épocas diferentes y en muy distintas esferas: tales son

(1) HUMBOLDT: *Cosmos*.

Garcilaso, Luis de Leon y Rioja; el guerrero, e fráile y el cortesano.

¿Cuál era, pues, el estado de la civilizacion, cuál el de la poesía española cuando aparece en nuestro Parnaso

El Titiro español, nuevo Sincero,  
Cuya divina musa toledana  
Dió poder á la lengua castellana?

Mejor que yo lo saben cuantos me escuchan. Al nacer con el siglo XVI el César Cárlos V, hallábase la civilizacion europea en uno de esos períodos fecundos en que se realizan acontecimientos portentosos, de los cuales uno solo hubiera bastado para llenar y caracterizar todo un siglo. En Constantinopla sucumbe el imperio bizantino; desde el Bósforo amenaza el turco á la cristiandad; y en tanto que los españoles rompen el yugo mahometano á orillas del Genil, la fe religiosa y científica de Colon arranca á los mares el secreto de un mundo desconocido, y lleva á las regiones antípodas, con el habla castellana, la enseña de la redencion del hombre.

Ni eran estos prodigios los únicos realizados al alborear el siglo XVI. Los caracteres del tipógrafo de Maguncia detienen

La palabra veloz que ántes huía;

fijan y perpetúan los tesoros de la religion cristiana, los del saber antiguo, expuestos á perecer olvidados, y extienden por todas partes las obras de la inspiracion y de la ciencia. Afánanse los sábios por limpiar, acicalar y pulir el texto de los mejores escritores de la antigüedad, copiando los fragmentos de los templos griegos y romanos, las pinturas de las termas y de los sepulcros; Rafael eclipsa la gloria de Apéles; Miguel Angel levanta el Vaticano, y Vargas, Juanes, Berruguete, Siloe, Ma-



chuca y cien otros más rinden en España fervoroso culto á las nobles artes.

La caída de Constantinopla llevó á Italia las reliquias del vasto imperio que sujetaba á su poder los territorios más florecientes de Europa y Asia. Los griegos fugitivos acaban de inflamar á los italianos; Roma revive de sus ruinas; en ellas recuerda su primitiva grandeza; en los restos que traian Lascaris y sus compañeros de emigracion reconoce la ciencia y el gusto de sus maestros; abrazada á la cruz, se consagra á emular el esplendor de los Césares: levanta la pisoteada clámide imperatoria, y con mayores atractivos que gentil resplandece cristiana.

Las guerras civiles de Bolonia y Pisa; los campos de Lombardía talados por las huestes imperiales y francesas; Gonzalo de Córdoba conquistando un reino; Carlos V guerreando desde el estrecho de Hércules hasta las aguas del Danubio y en las arenas de la Libia, no asordan á las deidades del Pindo. Los guerreros no cantan las palmas de tan heróico siglo, sino la quietud pastoril de la Arcadia, el silencio amoroso de los bosques; y en tanto que los libros de caballería inflaman y enloquecen á los soldados, trayéndolos á sobrenaturales empresas, la lira no se aplace sino imitando á Teócrito y Virgilio.

Pasma contemplar el cúmulo de sucesos providenciales por que habia llegado nuestra nacion á hacer el primer papel en el siglo de Leon X y Carlos V. Contra los más fundados cálculos de la prudencia humana, adquiere á deshora vastos imperios; suena reino y es provincia. Sus más ilustres hijos corren á Italia á recoger la herencia del duque de Milan; y el comercio intelectual que á consecuencia de sus relaciones y conquistas se establece entre españoles é italianos, empeña más á los ingenios de nuestra patria en torcer el curso de su inspiracion nativa, para seguir á los poetas del siglo de Augusto y á los toscanos

educados en su escuela. Ciertamente es que no se desdeñó Juan de Mena de imitar en sus *Treziendas* las fantásticas visiones del Dante, ni de consagrarse á estudiar los clásicos latinos, presumiendo de enriquecer nuestra lengua con atavíos de la de Horacio. Pero la imitación de los antiguos no había sido aún reducida á precepto para los escritores del siglo de Juan II y de los Reyes Católicos. Si bien ménos tersa, pulida y clara que la destinada á sucederle, fué sin duda alguna más espontánea y original la poesía castellana inmediata predecesora del renacimiento, porque se alimentaba de la religión y aspiraba á retratar al hombre, acomodándose á las nuevas costumbres, hábitos de gobierno, tradiciones é intereses locales. Con motivo de la reforma que Garcilaso llevó á término, se le hace á Boscan el grave cargo de que introdujo en un pueblo valiente y sóbrio el gusto afeminado y muelle de los vencidos. Razon tienen los acusadores. A la viril energía que hacia exclamar á Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos  
Que van á dar en la mar,  
Que es el morir,

comunicando á los metros cortos una robustez más real que aparente, y á la expresión de los pensamientos la concisión y austeridad, anuncios de un gran carácter, sucedieron, por punto general, en el siglo XVI frías ampliaciones de sentencias recogidas en otros poetas ó imágenes reflejadas de otros entendimientos. Y como al hacerlas propias no se las fundía de nuevo para darles forma distinta de la primitiva suya, ántes bien se procuraba copiar la de los originales en que se había buscado inspiración, las *canciones*, *églogas* y *sonetos* de los innovadores, como todo lo que tiene algo de forzado y demasadamente artificioso, suelen interesar ménos que la ingenua expresión de

pensamientos y afectos espontáneamente nacidos en el alma del poeta.

No se crea que al adelantar este juicio, me propongo menoscabar en lo más mínimo la importancia ni el mérito de Garcilaso. Lo que acabo de exponer, como en tésis general, respecto de la poesía con razon denominada *erudita*, más es disculpa que censura de aquel peregrino ingenio: á él solo pertenecen los aciertos que avaloran sus obras; los errores que las deslustran se han de atribuir únicamente al siglo en que vivió.

Ya lo hemos visto. Durante el XVI el mundo se ocupa en desenterrar lo que habian abatido y despedazado el tiempo y la mano asoladora del hombre; la admiracion aherroja la inventiva del ingenio; la novedad por aquellos dias consiste en gustar de lo viejo y en saber apreciarlo, de donde surge en cierto modo el imperio del buen gusto; en una palabra, el poeta, que sólo busca la originalidad en la imitacion, prefiere y rara vez lo alcanza, crear imitando. ¿Qué extraño, pues, que Garcilaso, despreciando la gótica rudeza de los vates castellanos que le precedieron, quisiese adornar su propia lengua con nuevas y lucientes galas de la latina, y con pensamientos y giros de Petrarca, Sannazaro, Fracástor y Bembo? No es esta ocasion de enumerar cuánto debieron á Garcilaso las buenas letras, que entraron en España con el imperio; bástame seguir los pasos al que, *con espíritu divino*,

Al grave Tajo en sus arenas de oro  
Mezcló el licor toscano y el latino,

para sorprender el secreto de su alma cuando se apacienta en la contemplacion de las bellezas campestres.

Séame dado lamentar, no obstante, que un poeta muerto en el vigor de la juventud, que pasó la mayor parte de la vida guerreando á fuer de bueno contra los enemigos de su patria, y

que á pesar de ello tuvo tiempo y genio bastante para consumir una transformacion radical en la versificacion y el estilo, para fijar la lengua, comunicando á la diction poética tan abundante sávia y frescura, que hoy es, y áun se conserva como entónces en toda su lozanía, — no se hubiese abandonado á sus naturales impulsos al sentir conmovida y arrebatada el alma ante las maravillas del universo. ¿Qué no habria hecho al tocar en este raudal fecundo de inspiracion un hombre como Garcilaso, abrigando la exacta idea de que para encontrar flores de verdad no hay que buscarlas en los jardines, sino en los campos? Qué, si no hubiese por sistema rechazado el arte de apasionarse de la naturaleza? Qué, á entregarse abiertamente al sencillo placer, por el cual el mundo físico se insinúa en la imaginacion del poeta sin que él mismo lo perciba?.....

Despues de la pesada fatiga de la batalla, cubierto de sangre y polvo, y ceñidos los victoriosos laureles de Túnez, cuando áun retumban en sus oidos estrépito de armas, tumulto y gritería, y agitan su espíritu escenas de muerte y desolacion, creo mirarle buscando reposo en callado y solitario bosque, junto á un fresco arroyo, á la sombra de un árbol, y allí con la lectura de sus poetas favoritos borrar, sin esfuerzo, del pensamiento lo pasado, y convertirle á imágenes dulces y risueñas. Entónces se despiertan suavemente en su alma los recuerdos del amor y de la amistad, vuelve los ojos á la hermosura que le rodea, y exclama:

¡Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
 Árboles, que os estais mirando en ellas;  
 Verde prado, de fresca sombra lleno;  
 Aves, que aquí sembrais vuestras querellas;  
 Hiedra, que por los árboles caminas,  
 Torciendo el paso por su verde seno;

y entónces pondera así los hechizos de su amada:

Flérída , para mí dulce y sabrosa  
 Más que la fruta del cercado ajeno ,  
 Más blanca que la leche y más hermosa  
 Que el prado por Abril de flores lleno!

ó se transforma en sus camaradas y amigos, recuerda sus infortunios, y teme perder la que adora, porque el amigo perdió su amada:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,  
 Cuando en aqueste valle al fresco viento  
 Andábamos cogiendo tiernas flores,  
 Que habia de ver con largo apartamiento  
 Venir el triste y solitario dia  
 Que diese amargo fin á mis amores?

Nacido para el amor y la amistad, dechado de nobles afectos, claro y castizo en el estilo, sencillo y pintoresco en la frase, habria podido Garcilaso expresar cual muy pocos el sentimiento de la naturaleza, si se hubiese detenido más á observarla, buscando en sí mismo lo que pedia á latinos y toscanos. Él, con los metros recién traídos de Italia, juega y en todos domina, como si usarlos hubiera sido antigua y natural costumbre en la musa iberá. ¿Quién ha excedido hasta ahora la belleza de elocucion y versificacion de sus liras, que nacen en *La flor de Gnido* armadas de toda perfeccion y hermosura? Ved cómo el poeta avasallaba la forma al describir el campo, igualando y en ocasiones superando á sus modelos:

Convida á un dulce sueño  
 Aquel manso ruido  
 Del agua, que la clara fuente envía;  
 Y las aves sin dueño,  
 Con canto no aprendido,  
 Hinchén el aire de dulce armonía;  
 Háceles compañía,  
 A la sombra volando,

Y entre varios olores,  
Gustando tiernas flores,  
La solícita abeja susurrando.

¿Por qué quien expresa de este modo los encantos de la naturaleza, se empeña en fingir pastores, cuyas magníficas palabras censura él mismo cuando dice:

¿Quién te hizo filósofo elocuente,  
Siendo pastor de ovejas y de cabras?

Ni se concibe que en la *Elegía al duque de Alba*, escrita en tercetos admirables, para deplorar la muerte de D. Bernardino de Toledo, imagine al viejo Tórmes despedazándose los cabellos y mal paradas barbas, y en torno suyo desmayadas y sin ornamento las ninfas, y que no encuentre para curar el dolor del Duque mejores médicos que sátiros y fáunos.

Pero Garcilaso, como todos ó casi todos los líricos del renacimiento, con ménos exageracion tal vez que otros muchos, no parece español ni cristiano en la mayor parte de sus composiciones. ¿Quereis de ello otra prueba? Cuando está padeciendo el enojo de su emperador y rey, léjos de la patria, desterrado en una frondosa isla del Danubio, apénas fija la atencion en la hermosa naturaleza que tiene delante de los ojos, y ni siquiera busca en la religion el menor consuelo; y para expresar el sentimiento de que se halla poseido, para descubrir el lugar donde se encuentra, pide imágenes á la erudicion, apela á sus recuerdos y estudios, y concluye por apostrofar á su cancion misma, sin duda porque así lo hizo Petrarca. Y eso que en estos versos hay rasgos que indudablemente revelan profunda sensibilidad y la conciencia limpia y el alma heroica del poeta:

Tengo una sola pena,  
Si muero desterrado

Y en tanta desventura,  
Que piensen por ventura  
Que juntos tantos males me han llevado.

La amenidad del sitio, la soledad y la prision habrian arrancado sin duda acentos más graves y melancólicos, más sencillos y naturales al corazon, tan tierno cuanto varonil, del príncipe de nuestros líricos, si éste no hubiese forzado de antemano su propio espíritu á sofocar la dulce melancolía que infunde en un pecho sensible el espectáculo de la naturaleza, por rendir tributo á símbolos paganos, cuyo habitual empleo no podia ménos de ser una extravagancia. En buen hora que los poetas de la antigüedad, que convertian en dioses las inclinaciones humanas y poblaban los cielos de deidades, tan capaces de ciegas pasiones como los mortales, echasen mano, para dar mayor importancia á la descripcion de la naturaleza, de un recurso que tenia además la ventaja de proceder legítimamente de sus creencias religiosas. Enhorabuena que la ignorancia por una parte, y por otra el temor que en ciertos casos infunde la supersticion, procurasen explicar los fenómenos físicos atribuyéndolos á intervencion de séres sobrenaturales, y creyesen ver en cada uno de ellos una mitológica aparicion. Pero cuando ya más ilustrado el hombre, ha conocido las causas y móviles de aquellos fenómenos y no le sorprenden ni aterran, ántes bien los calcula y los ve anticipadamente aproximarse, buscar por tales modos la regeneracion de la poesía es más que un anacronismo. Desde el triunfo definitivo de la religion cristiana las fuentes no ocultan ya entre sus linfas séres racionales que viven y se quejan, y nos oyen y nos atienden: Eco no es una ninfa que responde á nuestros acentos; los árboles no son semidioses que nos miran, nos observan y nos protegen; las horas no ensillan y encienden los caballos del sol, ni éste apaga su hoguera en el Atlántico levantando el humo que envuelve en oscuridad

la noche y se deshace en lágrimas á la aurora. ¿Á qué, pues, encadenar la inspiracion á tales ficciones los poetas del siglo XVI? ¿Á qué valerse de este aparato, ya caduco, de imágenes engañosas? ¿Á qué desoir la muda y al par sublime elocuencia de la creacion, por prestar oídos y resucitar y acariciar esta charlatanería pagana? La virtud propia del laurel en que se habia transfigurado, ¿pudo, por ventura, impedir que el rayo abrasase á Dafne?

Y, ¿por qué estos anacronismos hacen desmerecer los poemas del siglo XVI? ¿Cómo el gran poeta, el príncipe de los poetas, que tan bellamente se inspira en el seno de los campos, bastardea el sentimiento de que nace su inspiracion? Porque el libro que tiene en la mano se ha interpuesto entre su alma y la naturaleza.

Para encontrar en los ingenios españoles é italianos de entónces rasgos dictados por el sentimiento religioso ó por hazañas y sucesos contemporáneos, hay que detenerse en buscarlos, miéntras que por todas partes se escuchan los anticuados sonidos del caramillo y la zampona, ó se ven pobladas las selvas de fabulosas deidades. Pero no está lejano el día en que empiece á ser otro el arte de imitar. Rebélase al fin la inspiracion propia é individual contra el despotismo del modelo, y añade el estudio de la lengua hebrea y de los tesoros bíblicos nuevos elementos de vida á la lira castellana. Las ninfas del Alfeo y del Tíber, que tendian al aire la cabellera de esmeralda, convidando al placer sensual en alcázares de ópalo, huyen medio avergonzadas ante las ondas del Jordán, cuya celestial virtud purifica y regenera.

Gracias á la potencia creadora de la fe cristiana, hállase las más veces originalidad en esta segunda série de imitadores, donde en primer término brilla, aunque no sin rival tan admirable como San Juan de la Cruz, el agustino de Belmonte, el horaciano Luis de Leon.



Veinte y cinco años tendria poco más ó ménos Garcilaso cuando vino al mundo el que la Providencia divina habia destinado á ser gloria de la religion y de las letras. Pero ántes que éste llegase á la edad en que el desarrollo de las facultades mentales permite al hombre penetrar en el santuario del saber, la dulce avena del amigo y discípulo de Boscan habia enmudecido para siempre; y la nueva poesía, trasplantada á nuestro suelo jóven ya y hermosa, adquiria con extraordinaria rapidez vigor y fuerza suprema. Las obras poéticas del religioso Luis de Leon á las que se aplicó más por inclinacion de su estrella que por juicio y voluntad, se le cayeron como de entre las manos, segun él mismo asegura, en la mocedad y casi en la niñez. Pertenecen, pues, á los últimos años del reinado de Carlos V, reinado que vió nacer en Alemania los errores de Lutero (tan influyentes despues en el rumbo de la civilizacion, costumbres y relaciones sociales) y que asordó la Europa y el mundo con el estrépito de las batallas contra turcos, franceses y berberíes, con el encarnizamiento de las guerras de religion y con las disputas teológicas.

Cuando animado de fervoroso patriotismo prorumpia nuestro agustino en los enérgicos acentos de *La profecía del Tajo*, el esplendor y bizarría de la época galante y guerrera de Carlos V se preparaba á ceder el puesto á la política sagaz y prudente de Felipe II; y á tenor de esta imperceptible modificacion paulatina iba tambien modificándose el carácter de la inspiracion, si ya ménos risueña, fresca y graciosa que en Garcilaso, de más viriles alientos, más vehemente y filosófica.

No era Fr. Luis de Leon hombre capaz de dejarse avasallar por la tiranía de la moda, ni en materias literarias ni en otra alguna. Aficionado por carácter á vivir encubierto, y mal codicioso de aplausos, que su cristiano espíritu reputaba sólo vanidad y ruido, el virtuoso agustino era de aquellos á quien ni des-

vanece la prosperidad ni desespera la desgracia. Consagrado al estudio desde la primera juventud, no halla raudal que apague su sed de ciencia; y si anhela saber, es para explicar más atinadamente la verdadera doctrina. Natural, expansivo y concentrado al mismo tiempo, lo cual parece á primera vista una paradoja, huye el bullicio de las gentes para dar rienda suelta en la soledad á los tesoros de amor y ternura que su corazon encierra. Así se explica el ansia con que, todavía muy jóven, se apresuró á entrar en el claustro; así la suma y variedad de conocimientos que poseía; así tambien la escasa influencia que, por la índole especial de su carácter, hábitos é inclinaciones, habian de ejercer en sus obras las convenciones de escuela. ¿Quiere esto decir que las poesías del Maestro Leon están limpias de reminiscencias de otros autores? Ni siquiera imaginarlo. Fr. Luis imita, Fr. Luis utiliza discretamente el fruto de sus lecturas. ¿De qué suerte? Haciendo propio lo ajeno; comunicando nuevo ser á lo que de otros recibe; hallando, en una palabra, el secreto de ser original en la imitacion. Por lo demas, harto es sabido que en las obras del ingenio suele haber coincidencias inevitables. El corazon es siempre el mismo, y los sentimientos del alma, esencialmente iguales en todos los hombres. ¿Cómo, pues, evitar en casos dados que la simultánea inspiracion de dos ó de más poetas, que reconoce por fuente un solo origen, se produzca en términos semejantes entre sí, ó exprese las mismas ideas sin ser deliberadamente imitadora? El lamentar lo breve de la hermosura del rostro, el considerar cuán fácilmente se marchita la belleza, ¿no es propio de todo el que quisiera perpetuarla en el ser y estado en que la admira? Pues donde esta admiracion exista, ó se trate de lamentar aquella pérdida, allí los que expresen tal idea han de encontrarse, quieran ó no, en el fondo ó en la forma.

No creo yo que la inspiracion lírica está en decadencia hace

millares de años, aunque lo diga un maestro como Villemain. Podrá ser que en los siglos modernos le falte el estímulo, hijo de las circunstancias y de las costumbres, que comunicaba mayor brio á los cánticos de la profetisa Débora é inflamaba el espíritu de Moisés al prorumpir en alabanzas al Criador, despues de haber pasado el mar Rojo; podrá ser que le falte el aparato y concursos que servia como de marco al cuadro de las famosas odas de Píndaro. Pero si la lírica ha perdido algo en popularidad y en efecto, no ha decaido ni decaerá en esencia donde existan almas templadas para el entusiasmo. La inspiracion lírica puede ser, es de hecho, en ciertos grandes poetas de las edades modernas, tan arrebatada, tan vigorosa, tan intensa, mucho más intensa que la de los griegos, aunque más individual y circunscrita. Y no sólo compite en arrebató, en sinceridad, en jugo con la de los poetas de Grecia y Roma, sino la excede á veces en intension y ternura, sobre todo cuando recibe impulso, como en Fr. Luis de Leon, del sentimiento cristiano. No conseguirá en un momento dado triunfos tan estrepitosos, porque le falta el teatro donde solia brillar en los pueblos de la antigüedad remota; mas no por eso dejará de herir profundamente en la soledad las cuerdas del corazon á que particularmente se dirija, ni de ser oida del mundo entero, en alas del periódico y del libro.

Las poesías de Garcilaso no nos conmueven tan hondamente como las de Fr. Luis de Leon (que es no ménos conocedor é imitador que aquel de los poetas antiguos é italianos), porque el vate de Toledo no se habia sobrepuesto á la índole avasalladora de los estudios clásicos, esencialmente paganos. De aquí nace sin duda que el Maestro Leon venza en originalidad á Garcilaso. La originalidad no está en el sujeto, sino en el poeta; Ariosto se apodera de un asunto tratado ántes por Bojardo, cuyos pasos sigue muchas veces, y es, sin embargo, uno de los

ingenios más originales que han existido, y abre camino á la creacion del *Don Juan* de Byron.

Fr. Luis ve, con la superioridad de un alma que desdeña las vanidades mundanas, los triunfos de la ambicion y de la soberbia, la agitacion de una época de grandes acontecimientos, de luchas terribles; y desahoga la vena de su corazon, eminentemente poético, volviéndose á la naturaleza y á la soledad, como á puerto que le brinda con reposo, léjos del piélago en que luchan y se agitan los más activos intereses políticos y sociales. Por eso, cuando se ocupa en traducir los Salmos del Rey Profeta, en las horas que le dejan libres las penosas atenciones de su magisterio, no se propone sólo hacer bellos versos, sino rendir tributo á la ardiente fe que abriga su alma, y que necesita exhalarse por tal camino en cánticos celestiales. Por eso hermana bizarramente en sus rimas lo bello con lo sencillo, y lo original con lo natural y verdadero. Espíritu de este delicado temple debia comprender y sentir como el que más la poesía de la naturaleza.

Dejad, Señores Académicos, que recuerde en este lugar el nombre de los grandes escritores místicos, casi todos ellos grandes poetas que florecian al par de nuestro agustino, y que, amantados en la Sagrada Escritura, procuraban acercarse á Dios en la soledad; á Dios, que ha dicho por boca del Salmista, lo cual encarece aún más la importancia de las bellezas naturales: «La hermosura del campo está en mí.» Dejad que admire los prodigios de la fe cristiana y los de la ciencia católica en una Teresa de Jesús, en un Granada, en un San Juan de la Cruz, en un Estella, en un Reyes, en un Cháide, en tantos otros como en aquella gloriosa época inundaron en pura luz los espacios del saber, y encontraron en el seno de la religion un entusiasmo, un fuego, una inspiracion á que no llegan los poetas profanos de más nombradía, aunque á veces los superen en el ar-

tificio de la forma. Dejad que busque en el alejamiento de los placeres mundanos, en la oscuridad de la vida monástica el crisol donde el alma se depura, donde el hombre, desprendido de las pasiones, de las miserias, de los vicios que infernan el mundo, sofoca los sórdidos impulsos de su propia naturaleza, enseña por qué senderos se evita el choque desastroso de los intereses terrenales, y cómo se aprende á moderar los deseos y á encontrar felicidad en los sencillos placeres con que brinda la hermosura de los campos al que no se deja arrebatar en el torbellino de la ambicion.

Ved, ved cómo el insigne Maestro de la escuela salmantina procura aliviar el trabajo de la cátedra en la amenidad de un soto, isleta en medio del rio Tórmes, apegada á la presa de una aceña. Oidle exclamar:

Del monte en la ladera  
 Por mi mano plantado tengo un huerto,  
 Que con la primavera  
 De bella flor cubierto,  
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto;

más ufano de disfrutar pacíficamente las delicias de este retiro, que de sus riquezas el magnate para cuya codicia fueran poco los tesoros de Creso, ó á cuya vanidad pareciera mezquina la pompa de un soberano.

Mirad cómo se aplice en describir los bellos objetos que ofrece á sus ojos la naturaleza para regalo de su espíritu, fatigado con el estudio:

Y cómo codiciosa,<sup>1</sup>  
 Por ver y acrecentar su hermosura,  
 Desde la cumbre airosa  
 Una fontana pura  
 Hasta llegar corriendo se apresura;  
 Y luego sosegada,  
 El paso entre los árboles torciendo,

El suelo de pasada  
 De verdura vistiendo,  
 Y con diversas flores va esparciendo.  
 El aire el huerto orea,  
 Y ofrece mil olores al sentido;  
 Los árboles menca  
 Con un manso rüido,  
 Que del oro y del cetro pone olvido.

En las claras noches de estío, ántes de entregarse á la oración, contempladle asomado á la ventana de su celda para respirar un momento el fresco vientecillo que agita los jazmines y moradas campanillas que la festonan; poseido del sentimiento despertado en su corazon por el espectáculo que admira, dando rienda suelta á sus profundas meditaciones, oidle prorumpir en estos sublimes acentos:

Cuando contemplo el cielo  
 De innumerables luces adornado,  
 Y miro hácia el suelo,  
 De noche rodeado,  
 En sueño y en olvido sepultado;  
 El amor y la pena  
 Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,  
 Despiden larga vena  
 Los ojos hechos fuente,  
 Oloarte, y digo al fin con voz doliente:  
 „Morada de grandeza,  
 Templo de claridad y hermosura,  
 Al alma que á tu alteza  
 Nació, ¿qué desventura  
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?“

Entónces lamenta el error que apartando al hombre de la verdad, lo aleja del bien divino, y observa cómo el ciego mortal se abandona al sueño, sin reparar en que las vueltas que da el cielo le ván hurtando las horas del vivir. Entónces exclama con efusion imponderable:

¡Cuándo será que pueda,  
Libre, de esta mansion volar al cielo!

Y rompe en este vigoroso apóstrofe:

¡Oh! Despertad, mortales;  
Mirad con atencion en vuestro daño.  
Las almas inmortales,  
Hechas á bien tamaño;  
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

Hé aquí ya la originalidad verdadera. Hé aquí el puro, el íntimo sentimiento que inspiran inmediatamente las maravillas de la creacion, negado á quien le busque, no en ellas, sino en las copias y en afectos ajenos. Hé aquí, en fin, tal y como la pudiera apetecer el corazon más apasionado, el crítico más exigente, la poesía de la naturaleza.

Fr. Luis de Leon como los poetas árabes, de cuya índole á un tiempo fogosa y melancólica participa, saca sus más hermosos símiles de los objetos naturales; y sus poesías, inspiradas como las de aquellos por la constante contemplacion del cielo y de los campos, están llenas de bellezas de suma ingenuidad y frescura.

No es esta ocasion de recordar las persecuciones de que fué víctima nuestro agustino, aunque algunas de sus composiciones parezcan desahogos de su pecho contra la iniquidad que le tuvo encerrado cinco años en las cárceles del Santo Oficio. Bien que el Maestro Leon pudiese decir entónces con S. Juan de la Cruz: «Las olas de la calumnia baten hoy mi rostro, pero no le manchan ni conturban,» — no hay duda en que los rigores de la injusticia encendieron su natural inclinacion á la soledad y al *vivere parvo* de que habla Horacio. En la soledad es realmente donde estamos ménos solos; allí la verdad se infunde en nuestro ser y lo purifica del egoismo. Fr. Luis de Leon buscaba

desde la niñez inspiracion y fortaleza y consuelo en el seno de los campos, como quien sabe que este mundo visible es efecto y obra de las manos de Dios, y que, segun las elocuentes palabras del Maestro Granada, él nos da conocimiento de su Hacedor; esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada. Tal es, á despecho de sus estudios clásicos animados de pagano espíritu, el secreto de la originalidad del Maestro Leon. Tal la causa primaria del tierno y puro amor de la naturaleza, que resplandece en sus obras.

Nádie ignora las circunstancias que mediaron para venir España á caer desde esta plenitud de grandeza en el abatimiento en que la vemos bajo el cetro de Felipe IV; conocida es de todos la especie de transformacion á que la lírica española se siente arrastrada en el siglo XVII, merced al deletéreo influjo de la general decadencia de la nacion.

Cuando Francisco de Rioja comenzó á brillar como escritor y poeta, habian pasado ya para España los dias de triunfos y conquistas de la época gloriosa de Cárlos I en que floreció Garcilaso, y los de orden y paz interior debidos á la prudente energía de Felipe II, durante cuyo reinado ejerció imperio el Maestro Leon en las regiones de la inspiracion poética. Un rey entregado miseramente á un valido, y más dado á placeres y liviandades que á velar por el bien y conservacion del reino; un ministro ambicioso corrompiendo al Monarca para dominarle, y halagando sus caprichos para usurparle moralmente el cetro, quebrantándolo cada vez más en sus inhábiles manos; una corte corrompida, donde apenas habia otro Dios que el oro, ni mejores títulos que la adulacion, ni mayor virtud que la bajeza; la venalidad, haciendo veces de justicia; el valor, no moviéndose ya por arranque generoso de patriotismo, sino por hidropesía de



medro; el entrometimiento, el descaro, la desvergüenza, usurpando sus fueros á la modestia, al mérito, á la honradez, y sirviendo de escalon para llegar á todo, para conseguirlo todo: hé aquí el espectáculo que ofrecia en el reinado del Cuarto Filipo nuestra desdichada patria.

Fácilmente se comprenderá que no eran tales tiempos á propósito para que el sábio modesto fuese buscado en su retiro con el fin de utilizar su saber y experiencia en beneficio del Estado, y que entónces el merecimiento se marchitaba y perecia sin el favor. Es opinion acreditada que al de D. Juan de Fonseca y Figueroa, hermano del marqués de Orellana y grande amigo y pariente del conde-duque de Olivares, debió Rioja entrar en la confianza del valido y que este le nombrase su secretario. No hay para qué decir si la eleccion fué acertada. Cuando no por lo que se debe de justicia á la bondad y á la ciencia, ni por lo que pueden esperar de una y otra aquellos á quien está encomendada la suerte de las naciones, por egoismo deberian príncipes y repúblicos rodearse de sábios y virtuosos. Desatender el mérito del amigo leal porque se le tiene seguro, porque se confía en su virtud; y buscar, y halagar y recompensar al díscolo intrigante, cuya única páuta ha de ser siempre la conveniencia; y de quien se sabe que nunca ha de prestar firme apoyo al que lo levante, miéntras columbre esperanzas de subir á mayor altura,—es torpeza insigne en los ministros, es debilidad, sólo disculpable en quien no quiere á su alrededor sino pigmeos, con el intento de parecer así de más elevada estatura.

Tal fué, sin embargo, el proceder del conde-duque de Olivares con D. Francisco de Rioja, con el hombre honrado y agradecido, que pagó con creces las atenciones de su tibio favorecedor, ya saliendo á su defensa en el *Aristarco* cuando los desastrosos movimientos de Cataluña, ya siguiéndole al des-

tierro cuando repentinamente cayó de la cumbre de su grandeza y escribiendo en su defensa el *Nicandro*, ó *antídoto*, á riesgo de grandes persecuciones. Cierta que, mediante la recomendacion de D. Juan de Fonseca, puso el Conde-Duque los ojos en un hombre de la ciencia, bondad y rectitud de Rioja; pero sólo atendió á beneficiar en interés propio las nobles prendas del sevillano, burlando las esperanzas que despertó en él y con que le habia entretenido por largo tiempo. Concíbese, pues, que nuestro poeta escribiese con tan desengañado acento:

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al más astuto nacen canas;  
Y el que no las limare ó las rompiere,  
Ni el nombre de varon ha merecido  
Ni subir al honor que pretendiere (1).

Natural es que todo el que siembra injusticias, avaro del favor para con quien lo merece, no llegue á cosechar sino

(1) Ignórase aún la fecha en que Rioja escribió la *Epistola moral*. En mi opinion debió ser cuando, despues de la caída del Conde-Duque, se retiró á Sevilla, quizá en 1644. El Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, que ordena actualmente con copiosa erudicion una extensa biografia de nuestro vate sevillano, conjetura que pudo escribirse la *Epistola* hácia el año 1618, despues de la primera estancia del poeta en la corte (créese con fundamento que Rioja nació de 1580 á 1586); pero todavía no se atreve á asegurarlo, tanto por la falta de datos fehacientes en que apoyarse, cuanto porque son no ménos fuertes y poderosas las razones que dan á la contraria opinion, cuando ménos, apariencias de razonable y de exacta. A mi ver, Rioja no hubiera trazado la *Epistola moral* con la verdad, filosofa y sobriedad de términos que en ella resplandecen, sin tener muy formado el gusto literario y sin haber tocado por sí mismo la vanidad de ciertas grandezas y lisonjas, la ceguedad de la ambicion cortesana; en una palabra, sin haber vivido entre la batahola de los negocios en que debió intervenir como secretario del privado. Leyendo atentamente aquellos admirables tercetos, se vendrá en conocimiento de que Rioja debió escribirlos ya muy entrado en años.

Mucho se acercan tambien á la verdad, si no son la verdad misma, las conjeturas en que se funda la indicacion de que al favor de D. Juan de Fonseca, amigo y pariente del conde-duque de Olivares, se debió tal vez el que este dispensó á nuestro poeta nombrándole su secretario.

daños y menosprecios. Algo más medrado andaría el mundo si los que rigen estados buscasen únicamente apoyo en aquellos que no vacilan en condenar el mal, hállese donde se hallare.

Ved aquí, pues, descifrada la causa de la profunda amargura y humor honradamente satírico de los versos de Rioja. Ved por qué, cuando intenta arrancar la poesía del aire nocivo de la corte, cuando la quiere llevar al campo (oportunamente lo ha dicho en este lugar un ilustre académico), *no canta más que ruinas*. Y con razon. En ruinas estaba ya la poderosa monarquía de los Reyes Católicos, del Emperador y de Felipe II. En ruinas iba convirtiéndose la inspiracion de Garcilaso, de Leon, de Herrera y los Argensolas. A ruinas, y nada más que á ruinas, habian quedado reducidos el lenguaje y el buen gusto en la universal falange de culteranos y conceptistas, churriguerescos imitadores de Góngora, Carrillo y Villamediana.

Gloriosa excepcion en su tiempo, Rioja, que vivió como hombre de bien en una corte pervertida, y resolvió en España, como Horacio en Roma, el difícil problema de ser al par lírico y razonador, supo tambien librarse del contagio que por aquellos dias mudaba la sencillez y majestad de la musa ibera en aparato vanidoso de gigantescas locuciones vacías de sentido, ó en cúmulo extraño, y las más veces ridículo, de imágenes desaforadas. Amaestrado en la desgracia, el poeta sevillano busca auxilio en la filosofía para soportar con resignacion las adversidades, y toma por asunto primordial de sus composiciones glosar esta máxima de su predilecto Séneca: *Calamitas virtutis occasio est*.

No anima á Rioja el espíritu imitador, pero galante, puro y lleno al par de frescura, que enamora en Garcilaso, y que participaba de la gallardía de aquella época de hazañas y victorias, de la marcialidad y apostura de la vida del campamento.

Tampoco hallamos en sus poesías el místico arrebató, la profunda intensidad lírica del Maestro Leon; que refugiado en el espiritualismo católico, entregado á los inefables placeres de la vida contemplativa, siente por sí, ve más á Dios en sus obras, las ama profundamente, y goza infinito en contemplarlas, aunque sin tenerlas por parte del mismo Dios, como los modernos poetas panteístas, y muy principalmente los alemanes. Alma de suyo benévola, pero herida y desengañada, Rioja ve, siente, sufre los estragos de la ambicion, de la hipocresía, de la envidia; y bien penetrado de lo instable y perecedero de las grandezas humanas, busca reposo en el seno maternal de la antigua Romúlea, espera que su clima ha de serle más humano, y vuelve al amor y contemplacion de la naturaleza la actividad de su espíritu. Aunque por genial disposicion y sana doctrina se separe, en cuanto á la forma, del gongorismo á la sazón dominante, no ha de poder abstraerse por completo de las ideas, intereses y miserias de la corrupcion cortesana, en cuyo centro ha vivido sin inficionarse con ella; y así como Virgilio al ver un cañaverál se acordará de Siringa y del río Pe-neo, así el poeta sevillano en el aura que pasa gárrula y sonante por las cañas, oye á los charlatanes y aduladores que tanto le han hastiado en la corte, arrabal del infierno, según la gráfica expresion del secretario Antonio Perez.

Miéntras Garcilaso apénas se atreve á juzgar el siglo en que vive, ni á censurar las guerras donde tanta sangre se vertia, y se limita á decir:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?  
Algunos premios ó agradecimiento?  
Sabrálo quien leyere nuestra historia;

dando así muestra de moderacion, que acredita la fe que en sí misma tenia España en aquella época; en tanto que Fr. Luis

de Leon, aunque alejado del bullicio de la sociedad, dice ya que su musa,

En lugar de cantar como solia,  
Tristes querellas usa,  
Y á sátira la guia  
Del mundo la maldad y tiranía;

patentizando en esta inclinacion á la sátira (de la que sin embargo no hace empleo) que vive en dias de espíritu más positivo que los de Garcilaso,—Rioja, guiado por la pensadora melancolía, fruto de los desengaños, indignado ante el vergonzoso espectáculo de la corrupcion general, exclama:

No quiera Dios que imite estos varones  
Que moran nuestras plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones;  
Esos inmundos trágicos, atentos  
Al aplauso comun, cuyas entrañas  
Son infectos y oscuros monumentos;

ó bien en este trazo pinta al desnudo el lamentable estado en que entónces se encontraba la justicia:

Peculio propio es ya de la privanza  
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia  
Con su temida espada y su balanza.  
El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicuo procede, y pasa al bueno:  
¿Qué espera la virtud ó en qué confia?

Si en los risueños jardines de Sevilla se pára á contemplar la hermosura de una rosa, observa que áun esta no ha tendido al viento las *alas abrasadas*,

Y ya vuelan al suelo desmayadas.

Si fija los ojos en un clavel, es para preguntarle:

¿Diote naturaleza sentimiento?  
¡Oh yo dichoso á haberseme negado!  
Hable más de tu olor y de tu fuego  
Aquel á quien envidias de favores  
No alteran el sosiego.

Tan grande es y tan poderoso el influjo moral en todos los actos del ser humano, que hasta en los objetos naturales ha de buscar y encontrar siempre el espíritu del hombre secretas y misteriosas analogías con lo que llena su corazón ú ocupa su entendimiento.

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que sólo con el comercio é inmediata observacion de la naturaleza puede llegar el hombre á emularla en acentos poéticos; que el estudio de los clásicos debe servir únicamente de preparacion y advertencia, y que el imitarlos ha de conducir á la originalidad, cuando la imitacion sea medio, y no fin. He procurado indicar de qué modo se diferencian el gentil, que hace bajar el cielo á la tierra, y el cristiano, que tiende constantemente á lo infinito, procurando despojarse de la materia. Habeis visto que la naturaleza es siempre una; pero que aquél la adora obedeciendo á los sentidos, y éste, conmovida el alma, la admira como obra de Dios.

El aspecto de la naturaleza se identifica con el estado de nuestro espíritu: para el ánimo afligido se muestra revestida de una dulce melancolía; risueña y alegre para el hombre feliz, es compañera en nuestro contento, alivio en nuestras amarguras, maestra elocuente en la soledad, madre cariñosa que en su seno recoge al fin nuestros mortales despojos. Ella canta con las mil lenguas de los árboles y flores, de los arroyos y montañas, del mar y de los astros la bondad y la omnipotencia de su divino Criador.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL SR. D. ANTONIO MARIA SEGOVIA.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

INSTITUTO DE CONSERVACION

DEL SR. D. ANTONIO MARIA SEBASTIAN

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



SEÑORES: Dias de luto y de gala á un tiempo mismo son estos en que la Real Academia Española abre sus puertas á un candidato. ¡La satisfaccion gozosa de recibir en nuestro seno á un nuevo compañero viene á acibararse con el doloroso recuerdo de un colega, de un amigo, de un hermano, arrebatado á nuestra confraternidad para siempre! Poco importa que no sea nueva, si es en efecto siempre oportuna y provechosa, la reflexion de que en las cosas terrenas, áun el placer más inocente y puro anda constantemente mezclado con el pesar y la tristeza; por eso, al dar hoy nuestra bienvenida y sinceros plácemes al Sr. D. Manuel Cañete, no podremos ménos de recordar aquel adios postrero que há poco mas de un año dimos al Sr. Baron de la Joyosa, al depositar sus restos mortales en la tumba.

Siempre debe llorarse  
Si como manda la razon se llora (1).

Sea, con todo, esta lágrima la única que por un solo momento venga á turbar la alegría, que en nuestros ánimos debe infundir este acto solemne; alegría, me atrevo á decir, sin hi-

(1) Fr. Luis de Leon.

perbólica afectacion ni asomo de lisonja; y para justificar mi expresion, os pediré que atendais, Señores, primero á las prendas de que se halla adornado el candidato: á su saber y discrecion, á su erudicion y laboriosidad, á su juventud y su modestia; y en segundo lugar, al gremio literario de donde nuestro neófito procede, á ese cuerpo franco de la literatura militante, no tan disciplinado como audaz y valeroso, que en la república de las letras puede hacer mucho mal ó mucho bien, segun que se convierta en falange defensora del orden ó en bandería facciosa y turbulenta. Ya se entiende que quiero hablar del *Periodismo*, de cuyas filas, con armas y bagajes se nos allega el Sr. Cañete; de esas filas, en que tanto conviene reclutar partidarios ardientes, fogosos campeones y paladines de la hoy desamparada y áun perseguida lengua castellana.

Quisieran algunos filósofos ver en las analogías del mundo físico y del mundo moral algo más que un sistema de ficcion ingeniosa; ello es innegable que las leyes generales que naturaleza impuso á todos los seres, y que rigen ordenada y constantemente el orbe material, se encuentran luego como reflejadas ó reproducidas en este otro mundo llamado *sociedad*, ménos ficticio acaso, ménos artificial y convencional de lo que los hombres comunmente se figuran. Dígolo, Señores, porque me parece que sin esfuerzo de la imaginacion pudiéramos hallar gran semejanza entre la manera en que los cuerpos morales, tales como este nuestro instituto, se conservan siempre los mismos, renovando continuamente los elementos de que se forman, y la que se observa en los séres materiales organizados, los cuales atraen y sustraen del ambiente ó *medio* en que los colocó el Creador, fijan y se asimilan para nutrirse aquellas sustancias adaptables á su naturaleza, obrando las afinidades químicas como principal agente de esta asimilacion. Así es

como la Real Academia Española, en medio de la corrupción actual del buen gusto literario, que más particularmente se nota en materia de lenguaje, halla siempre y atrae hácia sí un número más que suficiente de hombres estudiosos, eruditos, filólogos y humanistas, que como elementos afines se le agregan, reemplazando los que la muerte separa con harta frecuencia de nuestro organismo, séame permitida la expresión. Semejante es, pues, á la transformación de ciertos extractos vegetales, por ejemplo, en partes constitutivas de otro orden de seres, el fenómeno, muchas veces como hoy repetido, de convertirse un periodista en académico.

Los adelantamientos de la imprenta, la libertad que las modernas constituciones políticas le han concedido en varios estados, y otras mil causas de pocos ignoradas, han contribuido á que el periódico sea en nuestros días la forma que más comúnmente adoptan las obras literarias; y ni aún las científicas escapan á esta necesidad fatal de la sociedad moderna, á pesar de que por su índole más bien requerirían ser presentadas siempre al estudioso con las condiciones todas de un verdadero libro. Síguese de aquí que apenas hay escritor que no haya sido alguna vez periodista; pero es también consecuencia lamentable de la naturaleza del periodismo que muchos por él se llaman escritores que no pueden ni debieran arrogarse semejante título, pues que ignoran hasta los primeros rudimentos del arte de escribir, y sobre todo su propia lengua. Y como sea mucho más fácil en todas las cosas humanas el descender, degenerar y corromperse, que el elevarse por el camino de la perfección, cuyo sublime tipo siempre se halla fuera de nuestro corto alcance, el resultado ha sido que con la facilidad de embadurnar papel para los periódicos, ha venido á degradarse la profesión de escritor, en lugar de sublimarse y ennoblecerse como la libertad de imprenta fundadamente prometía. Además,

la lectura de ese enjambre de papeles, escritos por toda clase de gentes, ignorantes unos, que son los más, y entendidos otros, que son los ménos; la lectura habitual de esos diarios, en que la pluma del sábio, del humanista, del publicista eminente, del crítico discreto y del poeta inspirado se esgrime al lado de otras plumas ménos hábiles, como la del intruso suscriptor metido á gacetillero insulso, la del gratuito folletinista impuesto á la empresa por el favor, ó la del estólido corresponsal, que refiere casos y cosas *notables* de su aldea; la cotidiana lectura, repito, de ese fárrago, por no decir torrente, de indigestas producciones, ha corrompido el gusto, ha contaminado la masa entera de los lectores, ha inficionado la conversacion familiar, el estilo epistolar y áun el oficial, introduciendo en ellos una endiablada fraseología, y ha causado, en fin, daños inmensos á la pureza, elegancia, sonoridad, donaire y expresiva gala de nuestro bellissimo romance.

Véase, pues, cuánto importa que entre los hombres especialmente dedicados al periodismo distingamos los que con justicia merecen el título de escritores (que por cierto no faltan en la corte ni en las provincias), para no confundirlos con el vulgo de los que sólo saben convertir sus desaliñados manuscritos en papel impreso, aprovechándose de la gran facilidad que para tal operacion ofrecen estos nuestros tiempos, en que, como ya lo dijo Moratin, «todo se imprime.»—Diré más: que cuando un periodista de profesion consigue mantenerse incólume en medio del general contagio; cuando, á pesar de la precipitacion con que trabaja y de la imposibilidad en que se encuentra de meditar y corregir, se conserva puro y castizo en el lenguaje, y preserva su estilo de los vicios de la moderna greguería, del remedo de la frase gálica y del desatinado neologismo que hoy andan al uso, se hace acreedor á mayores encomios y contrae mucho mayor mérito que el autor de un libro reposa-

damente escrito y sazonado en la solitaria y silenciosa tranquilidad del gabinete.

En este caso encuentro yo á nuestro D. Manuel Cañete. Gran número de volúmenes podrian formarse con lo que tiene escrito en los periódicos literarios *La Aureola* (del cual fué director á los diez y seis años de edad), *La Alhambra* y *El Genil*, en la *Revista de Europa*, en la de *Ciencias y Literatura*, en la del *Español*, y en la más reciente de *Ciencias, Literatura y Artes*, que todavía se publica en Sevilla; por último, en los periódicos políticos *El Faro*, *El País*, *El Herald*o y *El Parlamento*. Sus artículos políticos y literarios, y más especialmente los críticos, muestran bien á las claras los profundos estudios con que formó su entendimiento desde la tierna infancia, la buena lectura de que se hallaba nutrido, y la afición y esmero con que siempre cultivó las humanidades. Así pudo desempeñar con sin igual aceptación en el Ateneo de Madrid, desde el 1847 al 51, una cátedra de *Literatura dramática*, ramo en que siempre ha mostrado el Sr. Cañete extensos conocimientos, no sólo como crítico, sino como autor, pues son varias las obras suyas que el público ha laureado en el teatro.

El discurso que acabamos de oír, Señores, el acertado paralelo que nuestro nuevo compañero ha hecho de tres de nuestros más insignes poetas, demuestra bien á las claras el buen gusto y sana crítica de su autor. Natural era en quien así había estudiado y analizado nuestra poesía clásica, y sentía bullir en su pecho el estro poético, el deseo de probar también sus fuerzas en la lírica. Así lo hizo en efecto el Sr. Cañete, mereciendo que un juez tan competente como el ilustre D. Alberto Lista dijese de sus primeros ensayos que con ellos «se anunciaba un poeta capaz de honrar á su patria.»

Pero aquí me asalta el recelo de que tal vez, deteniéndome

á elogiar al nuevo académico, no sólo ofendo su modestia, sino que convierto en importuno panegírico lo que en mi intencion y juicio habia de reducirse á un sucinto recuerdo de sus méritos literarios. Para confirmarnos en la justicia y razon con que le hemos abierto esas puertas, y para que esta eleccion quede justificada hasta en el ánimo del concurso que honra el presente acto con su asistencia, basta y áun sobra mucho con el discurso que acabamos de oir al Sr. Cañete, demostracion irrecusable de sus profundos estudios literarios, de su sagaz criterio y delicado gusto. El comentarle yo ahora ó aducir nuevos ejemplos y reflexiones en apoyo de su doctrina, sería fatigar la atencion del auditorio, y borrar con mi desaliñada arenaga la grata impresion que á todos nos ha dejado la elegante peroracion de nuestro amigo.

Además, Señores, sorprendido cuando ménos lo esperaba con el encargo de esta contestacion, que hubo ántes de ser encomendada á sujeto mas idóneo y capaz de corresponder en su respuesta á la brillantez del discurso de nuestro colega, el convencimiento de lo mucho que iba á perder la Academia en tan desgraciada sustitucion, ha sido un nuevo inconveniente para quien ya tenia el de su propia insuficiencia. Arrédrame, sobre todo, el recuerdo de las bellísimas oraciones que últimamente han resonado en este recinto, con ocasion semejante á la de hoy; y léjos de aspirar á competir con tan inimitables dechados, he creido deber limitarme á lo que meramente exige en rigor la comision honrosa que me ha sido conferida; esto es, á dar, en nombre de nuestra Real Academia, la bienvenida al nuevo compañero, felicitarle por su elocuente discurso, y alargándole, por decirlo así, la mano al atravesar esos umbrales, conducirle hasta el puesto que entre nosotros viene á ocupar tan dignamente. Reduciéndose á esto mi papel, con lo cual hay más que sobrado para que yo lo tenga á grande honra, no he pen-

sado de modo alguno en seguir paso á paso el exámen crítico del Sr. Cañete.

Séame permitido, sin embargo, lamentarme de que, por temor acaso de parecer difuso, se haya abstenido el nuevo académico de analizar las obras de los tres ilustres poetas bajo el punto de vista de su maestría en manejar la lengua en que escribieron; punto que, como otros varios, sólo ha querido indicar someramente. Hubiera sido éste uno más, y no de los de menor importancia, entre los muchos buenos documentos que su discurso crítico contiene, y una tácita impugnacion de la herética máxima que hoy, por desgracia, cunde y prevalece, de que la pureza del lenguaje es dote muy accesoria, ya que no completamente indiferente, en las obras de ingenio, con especialidad en las poéticas. Fácil es demostrar lo absurdo de semejante principio; pero la mejor refutacion, á mi entender, sería probar el hecho contrario, analizando nuestros grandes modelos. ¿No es éste el más claro argumento? No viene la historia de la literatura de todas las naciones á atestiguar que es imposible ser buen poeta sin ser buen hablista, y que para la poesía, que es la música de las ideas, es tan necesaria la buena ejecucion y destreza en el instrumento como en la música propiamente dicha? Y si no, ¿dónde están, cuáles son los poetas cuyas obras hayan llegado á la posteridad sin el adorno, digo mal, sin el requisito indispensable del buen lenguaje? No creo que pueda citársenos ninguno; y al contrario, puede afirmarse que sin gran dificultad se encontrarían en la literatura de todos los pueblos numerosísimos ejemplos de composiciones poéticas que han alcanzado eterna duracion, no por la bondad intrínseca, por la verdad, por el valor ni aún por la poesía de los pensamientos, sino por la sonoridad y gala del lenguaje poético, por la artificiosa contextura del metro, por la expresion feliz; circunstancias todas que pueden embellecer una idea

tal vez falsa ó absurda, á la manera que, dorándola, se hace agradable á los ojos una repugnante píldora.

Los españoles, ménos aún que otro pueblo alguno, entiendo yo que debiéramos dudar de esta verdad tan evidente; porque, si bien se mira, las bellas propiedades de la lengua castellana y el modo de manejarla de nuestros buenos poetas constituyen el mérito fundamental de las tres quintas partes de nuestro Parnaso. Verdad es que, en mayor ó menor proporcion eso mismo acontece á la poesía de todas las naciones. Y si así no fuera, si no consistiera la belleza de una composicion poética, como de toda obra de arte, tanto ó más en la forma que en la esencia; si el encanto de los versos no estribara más en el modo de decir y en el bien decir que en lo que se dice, ¿cómo habia de llevarse en paciencia la frecuentísima repetición de un mismo pensamiento? ¿Cuántas serán las veces que ha dicho en verso el hombre á la mujer «Yo te amo»? Cuántas las que la ha motejado de mudable, de falsa y de perjura? Pues, ¿por qué leemos y releemos con placer millones de versos en que no hay sino esas ideas (que cada cual además ha repetido por su parte tambien algunas veces, áun cuando sólo haya sido en pedestre prosa); por qué, digo, no nos causa hastío la eterna repetición de tan manoseados pensamientos, si no es por la extremada variedad y belleza en la manera de expresarlos? ¿Quién podria resistir á Petrarca si no hubiera acertado á dar tal variedad y gala de expresion al tema siempre igual de sus elegíacas lamentaciones?

Habríanse ya quejado, ¿cuántos millares de poetas? del severo desden de un sin cuento de lindos ojos, cuando á Gutierre de Cetina se le ocurrió preguntar á otros tales:

Ojos claros, serenos,

Si de dulce mirar sois alabados,

¿Por qué, si me mirais, mirais airados?



¿Por qué, pues, se nos quedó grabado á todos en la memoria este madrigal desde que en las escuelas le aprendimos? Por qué es tan generalmente sabido y repetido, sino por su graciosa versificación y por la secreta mágia de su dulcísima armonía, y porque la feliz expresion, la atinada eleccion de las palabras le hacen muy superior á otras composiciones dedicadas al mismo asunto?

No puede darse exclamacion más vulgar para quien se duele de un no previsto y triste caso, como suelen serlo los acontecimientos todos que forman el miserable tejido de la humana existencia, que la exclamacion de «¿Quién me lo dijera?» Y sin embargo, Garcilaso acertó á darle novedad y poesía cuando prorumpie diciendo:

¿Quién me dijera Elisa, vida mía,  
 Cuando en aqueste valle al fresco viento  
 Andábamos cogiendo tiernas flores...? &c., &c.

No menos trivial era la idea que Ovidio expresaba al comenzar de su tercera elegía. A cualquiera puede ocurrírsele el decir, conmemorando un triste suceso: «Hoy es, y todavía brotan lágrimas mis ojos cuando se presenta á mi memoria la tristísima imágen de aquella noche.» Mas este modo de expresar el pensamiento no le hubiera eternizado como aquellos fluidísimos versos:

*Cum subit illius tristissima noctis imago.....  
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Tal es, repito, á mi entender, la dote principal de nuestros buenos poetas: el manejar bien la lengua, y ser ésta una de las más ricas, sonoras, armoniosas y propias para la poesía

entre las conocidas. Por eso vemos que marchan á la par, prosperan ó decaen, se perfeccionan ó degeneran, el lenguaje y la poesía; por eso levantaron la nuestra á tan grande altura muchos ingenios, que en elevacion de ideas, en ternura de afectos, en profundidad filosófica y en el calor de la fantasía, no sólo tuvieron rivales, sino que acaso quedaron inferiores á los poetas de otros tiempos y de otros países.

No es ahora de mi asunto el demostrar esta proposicion, ni aún creo siquiera que me toca seguir al Sr. Cañete en el exámen de esos tres poetas, extendiéndome á considerarlos como hablistas; habré, pues, de contentarme con decir, que si Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Rioja son universalmente reconocidos y contados entre los príncipes de nuestra poesía, lo deben muy especialmente á la manera en que cultivaron y supieron servirse de la lengua castellana. Ellos fijaron el sentido de varias voces, introdujeron locuciones y giros nuevos, tomándolas de las lenguas hebrea, griega, latina y toscana; pero entiéndase que en estas novedades procedieron con inteligencia filosófica y guiados por el buen gusto; que en materia de lenguaje las innovaciones han de servir para enriquecer y embellecer el idioma, no para empobrecerle y embrollarle; los neologismos tienen tambien sus reglas y razon de ser, como los engertos en las plantas, los cuales no pueden ni deben hacerse de un árbol cualquiera en otro árbol, ni en cualquiera sazon, ni sin arte, ni sin objeto. Sabian aquellos tres ingenios próceres, y saben todos los maestros en el arte de escribir, que las alteraciones en el habla de una nacion culta han de hacerse por determinacion sesuda, nacida del saber, y no por desaliño é incuria, hijos de una ignorancia crasa.

Cuánto hizo en favor de nuestro aún no bien atildado romance el númen poético de Garcilaso, no es posible encarecerlo. Dos son las grandes influencias que contribuyen á formar el len-

guaje de un pueblo: la del legislador discreto, que fija el valor y define el sentido de muchas palabras de tal manera, que ya no pueden tener otro (y esto hizo nuestro D. Alonso el Sábio), y la del poeta, que graba en la memoria, por no decir en el alma de todo un pueblo, la forma verdaderamente estética de la representación del pensamiento. Bajo este concepto, los versos de mérito real son joyas de inapreciable valor, como los de los tres preclaros varones á quienes hoy ha pasado muestra el Sr. Cañete; de cuyos versos, por lo que contribuirían á enseñar el buen castellano y formar el gusto, podría decirse lo que Fr. Luis á otro diferente propósito: «Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oídos y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas, de noche, no sonasen otros cantares; y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí.» (*Oficial* dice, recordándonos que esta palabra va anticuándose en el sentido de menestral, artesano, artífice; *oficial* llamaría Fr. Luis al platero, al carpintero, al tornero, al ebanista, al alarife, al tundidor, al sastre, al talabartero, al zapatero de nuevo ó remendon, con otros infinitos, que hoy ya trabajan tal vez ménos y peor, pero no son *oficiales*, porque han dado en la flor de llamarse *artistas*).

Volviendo á Garcilaso, no puedo resistir á la tentación de repetir aquí la observación ya hecha de que, habiendo florecido en los principios del siglo XVI, y á pesar de las alternativas de prosperidad y decadencia por que ha pasado nuestra lengua desde entónces hasta la presente calamitosa época de corrupción y de mal gusto, de galicismos, arcaísmos, neologismos y jerga insoportable, sus obras son de todos entendidas y para todos igualmente sabrosas. «Apénas hay, dice Ticknor, una palabra ó frase de las que usó Garcilaso que no sea hoy día considerada como propia y castiza.... Su estilo y dición viven aún,

como vive su nombre, con tanta más razon, cuanto han sido consagrados por la costumbre.» Lo mismo sustancialmente habia dicho Quintana.

Esto es en cuanto á la diction y al estilo; pues, ¿qué dirémos del tino para elegir, segun su material estructura, las palabras; del admirable acierto con que el poeta combina los sonidos de manera que, no sólo recrea el entendimiento, sino que deleita el oido con la melodía de su canto?—Provechoso en gran manera será siempre el estudio de Garcilaso, áun bajo este solo aspecto, á los que quieran profundizar toda la capacidad musical, por decirlo así, de nuestra lengua. Su égloga primera, tan universalmente conocida, tan general y justamente celebrada, brilla no ménos por ésta que por otras circunstancias. Bien pudieran aplicarse á la melodiosa entonacion de esta dulcísima égloga aquellos versos de Fr. Luis de Leon, y decir que

El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada,  
. . . . . cuando suena  
La música extremada,  
. . . . .  
A cuyo son divino  
El alma, que en olvido está sumida,  
Torna á cobrar el tino  
Y memoria perdida  
De su origen primera esclarecida.

Porque, en efecto, no hay alma sensible que no se sienta arrobada por el artificio melódico de esta bellísima composicion. De los cuatrocientos veinte versos de que consta, son muchos los que tienen las cinco vocales, y muy pocos en donde no se encuentren á lo ménos cuatro; advirtiendo que en esta observacion se comprenden la mayor parte de los versos cortos, es

decir, de los heptasilabos. Las letras consonantes se ven empleadas con no menor acierto y conocimiento de la armonía, y al mismo tiempo faltan ó escasean mucho las articulaciones ásperas, las sílabas duras y las combinaciones poco eufónicas que tan profusamente emplean los escritores desaliñados ó ignorantes, para quienes todos los vocablos son igualmente buenos con tal de que, mal ó bien, vengan á significar su pensamiento. Como la citada égloga y las demas composiciones de Garcilaso están sin duda bien presentes á la memoria de cuantos me escuchan, tengo por excusado el acumular ejemplos, y me limitaré á aclarar lo dicho con una sola cita:

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio y Nemoroso,  
He de cantar, sus quejas imitando.

Así dichos estos tres versos, hubieran sido sin tacha en cuanto al metro y al sentido; nada obligaba al poeta á ingerir en el segundo el adverbio *juntamente*, ni siquiera la precision de uniformar las estancias, pues que aún se estaba al comenzar de la primera; pero su buen gusto en el decir, y su oído delicado le sugirieron sin duda el intercalar aquel vocablo sonoro de suyo, significativo además de la union de los pastores; con él mejoró la estrofa, y logró que el verso quedara más numeroso y rotundo, completando asimismo con graciosa elegancia el pensamiento.

Salicio juntamente y Nemoroso

dijo, pues, y tan bien dicho, que á nadie le ha ocurrido tachar de superfluidad ó importuno ripio esa palabra. En resumen, pocos poetas han sabido como Garcilaso dar tanta novedad y sabor á las palabras más comunes y aún prosáicas, em-

pleándolas unas veces donde su peculiar armonía las hace más gratas al oído, otras donde su sentido realza la idea. Esto se llama entender bien el *callida junctura* del famoso precepto de Horacio: *Dixeris egregiè.*

No quisiera, Señores, importunar á la Academia ni al discreto concurso que me atiende, prolongando demasiado este exámen; ni áun la esperanza podria alentarme de que el eco de mis desautorizadas palabras, resonando fuera de los límites de este estrecho recinto, pudiese ir á obrar allá entre la turba infiel prodigiosas conversiones. A la manera que en el pecador empedernido hace poca mella el panegírico de un santo, dechado de todas las virtudes cristianas (y ménos si el predicador es fráile de misa y olla, y el sermon algo gerundiano), los pecadores modernos, que tan en poco tienen el estudio de la lengua, no es de esperar que se enmienden por los elogios que yo aquí hiciere del ilustre vate toledano; ántes bien temo que me respondan con aquella frase de rebeldía contumaz, que ya puso en su boca un chistoso satírico moderno:

Y rabie Garcilaso enhorabuena;  
Que si él habló la lengua castellana,  
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Achaque es este, Señores, de la edad presente. Entiéndese por independenciamiento el sacudir todo yugo, todo freno, hasta el de la razon; pónense en tela de juicio las verdades más inconcusas, como, por ejemplo, la de que el hablar bien una lengua es mayor mérito que el hablarla mal. De esta epidemia moral, que todo lo infesta, nace asimismo la corrupcion literaria. Ya de antiguo tienen observado los médicos que cuando reina epidémicamente una enfermedad, todas las análogas toman el mismo carácter, degenerando en aquella. Por razon semejante se ve hoy la literatura acometida de dolencias que no le

son realmente propias ó constitucionales. El mismo espíritu de ciego error que induce á los hombres á sacudir todo freno político, moral y religioso, ese mismo es causa de que nieguen la obediencia á toda autoridad literaria.

De ahí procede tal vez esa invasion terrible é importuna de los neologistas, galicistas y enemigos de todo buen lenguaje; invasion semejante á la de la langosta ó á la del cólera :

Dejémosla pasar como á la fiera  
Corriente del gran Bétis, cuando airada,  
Dilata hasta los montes su ribera (1).

Y volviendo á nuestro poeta, diré, en conclusion, que en el intento de imitar y aclimatar en nuestro suelo la métrica toscana, en que trabajó Garcilaso tan acertadamente, que excedió á Boscan y á los demas coadjutores de la empresa, siguió tambien á sus modelos en la manera y método de pulir el lenguaje y de combinar la entonacion poética con la sencillez y claridad de la diction.

Molesto sería para los que me escuchan extender yo ahora estas observaciones á los otros dos poetas juzgados ya por el Señor Cañete; basta abrir por cualquiera página las pocas, aunque tan bellas, de Fr. Luis de Leon; las poquísimas, aunque tan valiosas, de Francisco de Rioja, para convencerse de que ante todas cosas son ambos, como Garcilaso de la Vega, maestros de la lengua en que escribieron. Véase, si no, cómo el ilustre agustino sabe amoldar, sin adulterarle, el romance castellano á la imitacion feliz de la musa hebrea; obsérvese la maestría con que saca y emplea para sus cánticos sagrados registros majestuosos y sonoros, diferentes sí, pero no ménos puros que los melodiosos y suaves que para sus versos amatorios

(1) Rioja.

sirvieron al tierno cantor de la *Flor de Gnido*. Compárese la robustez y gravedad de tonos del uno con la dulzura de los del otro, por ejemplo, en estos dos pasajes, en que ambos apostrofan, mas á cuán diferente objeto y con cuán distintos efectos:

Divina Elisa, pues agora el cielo  
 Con inmortales piés pisas y mides,  
 Y su mudanza ves estando queda,  
 ¿Por qué de mi te olvidas, y no pides  
 Que se apresure el tiempo en que este velo  
 Rompa del cuerpo, y libre verme pueda?

Con tan melodioso acento llora el poeta poseido de amor, puro sí, pero terreno; el fuego del amor sagrado tiene en su música notas de más grave resonancia.

¿Y dejas, Pastor Santo,  
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
 Con soledad y llanto,  
 Y tú, rompiendo el puro  
 Aire, te vas al inmortal seguro?

Viene luego Rioja, poeta filósofo y moralista, y hace vibrar aquellas cuerdas de su lira que á su propósito convienen, notándose en la frase majestuosa, y en la armonía, más severa que dulce, de sus versos el primor con que adecuaba al asunto su lenguaje. Su celebrada *Epistola moral* basta para demostracion; composicion bellísima, cuyo tono enérgico dice tan bien con la austera severidad del pensamiento, que parece como que destila por cada uno de sus tercetos el amarguísimo licor del desengaño.

Extraño parecerá, Señores, á la mayor parte de los que me escuchan, que, hablando de Rioja, no aluda siquiera á la inmortal cancion *A las ruinas de Itálica*; mas cesará de todo punto la extrañeza cuando sepan que es ya un hecho averiguado con datos irrecusables que ese famoso y bellísimo trozo de poesía fué



compuesto primitivamente por Rodrigo Caro, y retocado después por su mismo autor. No me es lícito aducir aquí las pruebas, porque esta gloria debe reservarse al sagaz investigador que ha logrado reunir las. El mismo erudito y juicioso crítico que, al ocupar el puesto en que hoy vemos al Sr. Cañete, probó en su discurso de recepción en nuestra Real Academia, la individualidad del bachiller Francisco de la Torre como persona distinta de D. Francisco de Quevedo; nuestro compañero Don Aureliano Fernandez Guerra, en fin (pues no hallo motivo para rebozar en alusiones su distinguido nombre), ha puesto en punto de evidencia la propiedad de Rodrigo Caro, cuya corona gana mucho con este nuevo florón, sin eclipsar por eso la gloria de Rioja.

Sin duda, Señores, que vuestra benévola atención debe de hallarse ya fatigada de verme así espigar trabajosamente en el campo mismo de donde ha sabido el Sr. Cañete sacar miés tan copiosa. Y sin embargo, todavía me siento irresistiblemente impulsado á implorar vuestra indulgencia para tocar brevísimamente otro de los puntos en que más rígida ha andado la crítica del discurso.

Personalizando, sin duda, en Garcilaso de la Vega su época, ha censurado el Sr. Cañete el abuso de las alusiones mitológicas. Digo que la censura recae sobre la época, y no sobre el poeta, porque de ese defecto no se halla exento ni áun el mismo Fr. Luis de Leon, que floreció muy poco tiempo después que Garcilaso. Siete alusiones mitológicas nada ménos contiene la *Profecía del Tajo*: en la primera estrofa leemos ya que

El río sacó fuera  
El pecho y le habló de esta manera.

Habrá quien considere esta figura como una mera prosopo-

peya; yo percibo en ella cierto tufillo pagano que trasciende, y por eso la deberemos hacer entrar en cuenta. Prosigamos:

Las armas y el bramido  
De *Marte*, de furor y ardor teñido.

Aquí ya parece más evidente que se habla del dios de la guerra, del belicoso hijo sin padre de la iracunda Juno; del mismo que en la postrera estancia vuelve á mencionarse en estos términos:

El furibundo *Marte*  
Cinco luces las haces desordena.

Volvamos otra vez atrás, y leerémos:

El *Eolo* derecho  
Hinche la vela en popa, y larga entrada  
Por el hercúleo estrecho  
El gran padre *Neptuno* da á la armada.

El *Eolo* pudiera en rigor tomarse por el viento mismo; mas la asistencia de esotra divinidad de los mares y el conjunto de la estrofa no permiten dudar que de quien aquí se trata real y verdaderamente es de aquel mismo *rex Eolus* que en su espaciosa caverna

*Luctantes ventos tempestatesque sonoras  
Imperio premit; ac vinclis et carcere frænât,*

Pasemos adelante, y hallaremos en la siguiente estrofa al héroe mitológico que, separados Calpe y Ávila, plantó su arro-



Tampoco satisface esa razon aplicada á la oda A *Santiago*, que empieza:

Las selvas conmoviera ,  
Las fieras alimañas , como *Orfeo*.

Ni cuando , en la misma , recuerda otra vez á la feroz *Euménide* :

Y la infernal *Meguera* ,  
La frente de ponzofia coronada . . . . .

Ni , por último , cuando apellida *Marte* al mismo héroe cristiano:

Que ya el Apóstol Santo ,  
Un otro *Marte* hecho ,  
Del cielo viene á dalle su derecho.

El ejemplo de Fr. Luis de Leon, poeta religioso, teólogo eminente, católico rancio, puro en sus creencias y ortodoxo en sus doctrinas, mal que les pesara á sus inquisitoriales enemigos, nos dispensa de buscar otros de poetas á quienes faltaron todos esos motivos de escrupulizar en punto á ideas tomadas de una religion falsa; pero sabido es que, hasta una época muy moderna, apénas se hallará un poeta exento de esa nota, y por consiguiente, no puede recaer la censura exclusivamente sobre Garcilaso.

Y ahora bien, Señores; áun conviniendo en lo justo de la crítica, ¿no podríamos hallar alguna disculpa á tal pecado?—Anatematizando solamente el abuso, el lujo, por decirlo así, de mitología, ¿no podríamos conceder alguna licencia al poeta que, dentro de los términos del buen gusto, acude á la teogo-

nia gentilica como á una rica mina de imágenes pintorescas, de personificaciones poéticas y de ingeniosas alegorías, que tienen además la ventaja de ser de todos entendidas?—¿Es muy grande, en efecto, el inconveniente de que aprovechemos con destreza y con ingenio esos restos, aún no completamente pulverizados, del tiempo antiguo y de una civilización precursora de la nuestra?—Vanos serán siempre é impotentes los esfuerzos del hombre para romper un solo eslabon de la cadena de los siglos, para impedir que el presente lleve marcada en sí la huella de los que ya pasaron; nuestra legislación, nuestra filosofía, nuestras costumbres, y por consecuencia nuestra literatura, pueden y deben ser desemejantes de las del tiempo anterior al Cristianismo; pero ni aún la propagación de éste (suceso tan grande, como de origen nada ménos que divino) ha podido romper los lazos que unen á nuestra era con los tiempos históricos, y á éstos con los fabulosos.

Cristianos somos, Señores, y todavía llamamos á cinco dias de los de la semana con los nombres de otras tantas divinidades del paganismo (profanación en que no incurren nuestros hermanos y vecinos los portugueses); y es lo mas extraño que tras el dia de la Vénus gentil, viene el *Sabath* israelita, y luego el dia cristiano del Señor (*Dominica*, domingo). Los ingleses y alemanes siguen dedicando estos dos últimos dias á Saturno y al Sol: *Saturday* y *Sunday*, *Samstag* y *Sontag*.

No acumularé pruebas de un hecho tan conocido; recordemos, sin embargo, pues que en Madrid estamos, que el pueblo de esta corte llama todavía *Minerva* á cierta ceremonia religiosa de nuestro culto. No nos ensañemos, pues, contra estas que un neologista, aún sin haber saludado la astronomía, llamaría *aberraciones*, y toleremos que Garcilaso deleite nuestro oído y recree nuestra fantasía pintándonos en una bella imagen y en dulcísimos versos á aquel amante galeote:

... A aquel cautivo  
 De quien tener se debe más cuidado,  
 Que está muriendo vivo,  
 Al remo condenado,  
 En la concha de Vénus amarrado.

Yo bien sé también que en los bosques no hay sino árboles y arbustos, yerbas y otras plantas, maleza y matorrales. abrojos y espinas, sabandijas y alimañas, sapos y culebras, pero una de dos: ó he de considerar el bosque bajo este aspecto selvático y material, ó contemplar en él con ojos científicos las maravillas que allí prodigó el Autor de la naturaleza. El primer aspecto es indudablemente prosáico; el segundo no es todavía poético, ni lo será por desgracia hasta que se difundan y vulgaricen los adelantamientos de las ciencias naturales. Pues, ¿qué recurso le queda al poeta? Las descripciones de escenas campestres se nos antojan, á los descontentadizos modernos, soporíficas y sobradamente inocentonas; los pastores de la égloga, inverosímiles; las divinidades del campo y de la selva, anticuadas; con tales escrúpulos nos vamos privando de grandes resortes poéticos. Todo eso lo sabía Garcilaso; sabía que en los bosques más ó menos umbrosos no hay sino esas cosas arriba dichas; debía de saber asimismo que, sobre todo en España, país del corcho, los alcornoques parecen como incompatibles con las nereidas, adriadas, hamadriadas, oreades y napeas; pero Garcilaso y otros al nacer encuentran todavía en el mundo un recuerdo, un reflejo de aquellas antiguas creencias, tanto más poético cuanto más remoto, y tomando la pluma, le aprovechan, y nos hablan de ninfas y de sátiros, de náyades y de fáunos; y esmaltan sus versos con imágenes y nombres de seres fantásticos, tan poéticos como dramáticas son las brujas no ménos imaginarias de Macbeth. Eso hizo Garcilaso, Señores, y yo tengo para mí que la crítica de nuestro nuevo académico,

justa y todo como es, quedaria completamente desarmada si viera que llegándose á él el enamorado Albanio, con dolorido semblante, voz dulcísima y patético acento le decia:

Hora, . . . . , escucha lo que digo;  
Y vos, oh ninfas de este bosque umbroso  
A dó quiera que estéis, estad conmigo.

Si hemos de acriminar en el poeta que aluda á séres en cuya existencia no cree, extendamos la severidad aún más allá de la mitología. Digamos á Fr. Luis de Leon que en los espacios celestes no existen esas *dos osas* de que le hablaba á Felipe Ruiz, y que áun concedido el nombre de esas dos constelaciones polares (mucho más absurdo que el de *Venus* dado al tipo de la hermosura y el de *Marte* al espíritu guerrero), todavía es, poética, astronómica y absolutamente falso que estén las tales

. . . . . dos osas  
De bañarse en el mar siempre medrosas.

No hay remedio, Señores: el poeta (el hombre debería yo decir) no puede ser materialista; en todas partes ve, oye y siente que allá dentro de la materia está el espíritu; y no se engaña, porque la última partícula de un cuerpo inorgánico, el postrero é indivisible átomo de materia creada, está lleno del espíritu del Creador. El poeta, pues, poseido de esta idea, todo lo anima, todo lo personifica; no quiere ver en parte alguna objetos puramente materiales; todos los supone séres vivos é inteligentes, capaces de accion y movimiento, y como á tales les dirige su voz:

Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
Arboles que os *estáis mirando* en ellas. . . . .  
Hiedra que por los árboles *camina* . . . . .

El mar, ¿qué viene á ser realmente considerado desde la orilla? Una gran masa de aguas que, obedeciendo á ciertas leyes físicas, y cediendo á la presión mecánica de la atmósfera, se agitan en continuo bazuqueo, con la incoherencia propia de los líquidos. Pues este objeto, tan material y de tan poco efecto á los ojos de un pescador de la costa, hiere la mente del ménos espiritualista de todos nuestros poetas, é inflamando su fantasía, le mueve á apostrofarle como pudiera á un sér real y efectivo, pensador y dotado de inteligencia y voluntad, y así le dice:

Para un instante tus soberbias ondas,  
Océano inmortal, y no á mi acento  
Con eco turbulento  
Desde tu seno líquido respondas.

De esta personificación y de este apóstrofe hasta la mitología no hay más que un paso, que consiste en bautizar á la persona imaginaria, como lo es el mar en este ejemplo, con el nombre de Neptuno.

Peor es, Señores, en mi juicio, y más arriesgado para un poeta cristiano, entrometerse á un espiritualismo arbitrario, que, cuando ménos, puede ser irreverente, y cuando más, heterodoxo y abominable. Para tratar de Dios y de su Santa Madre, y de los santos y de los únicos séres sobrenaturales en que nosotros creemos, es necesario: primero, que el asunto sea pura y exclusivamente sagrado; segundo, ser un poeta de la talla de los Milton, de los Klopstock y de los Fr. Luis de Leon. Hasta hombres como Chateaubriand han resbalado en estos escabrosos asuntos, y áun en los poetas que he citado podríamos, sin ser inquisidores, encontrar mucho que tachar en sus ficciones espirituales. El diablo que Milton nos pinta, por ejemplo, no puedo yo persuadirme á que sea ninguna fotografía exacta de Satanás.



Sea lo que quiera de estas y otras ficciones censuradas por el Sr. Cañete, con justicia, á mi entender, cuando se abusa de ellas, vuelvo á mi primera asercion: lo bello de la forma hace agradable en Garcilaso lo que pueda tener de repugnante en el fondo el pensamiento.

Perdon os pido, Señores, de haber así abusado de vuestra bondad. Temo haberme extraviado en pos de una idea que meramente debí indicar, sin empeñarme en demostrarla; idea que, expresada en sus términos más sencillos, se reduce á los siguientes:

En obras de imaginacion, en obras de arte, la buena ejecucion es tan importante como la esencia misma del pensamiento. En poesia la ejecucion, el desempeño del pensamiento poético están en la expresion poética, en la diccion, en el lenguaje poético, en la forma del metro y hasta en la armonía y conveniente eleccion y disposicion de las palabras. Nádie, por consiguiente, llegará á ser jamás gran poeta sin poseer y manejar magistralmente su lengua, sin tener la instruccion suficiente, el tino, el exquisito gusto y la capacidad filosófica y filológica necesarias para pulir la lengua, en vez de estropearla, para enseñorearse de ella y doblgarla á las exigencias del metro y de la entonacion poética.

En prueba de que es así, obsérvese cuán difícil es el traducir á un poeta. Y, ¿por qué? ¿Hay acaso pensamiento alguno ó idea intraducible? No; lo que nunca puede verterse de una á otra lengua exactamente no es la esencia, es la expresion, es la forma.

Desengañémonos, Señores; el estudio del idioma en que se ha de hablar ó escribir es indispensable á todos, pero más especialmente al orador y al poeta; yo creo que áun este último tiene la ventaja de estar más en aptitud que aquél para adelantar, pulir y perfeccionar la lengua en que se ejercita. Así lo

hicieron nuestros grandes poetas, así lo hizo Garcilaso de la Vega, así el religioso Fr. Luis de Leon y el filósofico Rioja.

No es, pues, extraño que las tareas de la Real Academia Española tengan un atractivo irresistible para hombres que, como el Sr. D. Manuel Cañete, sienten arder su pecho en vivo celo por los adelantamientos de nuestra literatura. Venga, pues, á compartir con nosotros la fatiga de este incesante y árido trabajo; bien venido sea á atender con nosotros á ese crisol, emblema de nuestros estudios, no para ejercer una autoridad dictatorial, que la Academia nunca ha pretendido atribuirse, ni pudiera, sino para observar y hacer análisis, como el químico á quien se encomienda el estudio de los materiales extraídos de las minas, el cual no impone á nadie la obligacion de dar á tal ó cual la preferencia, sino que se contenta con decir: «Tomad; esto es oro puro, esotro estaño, plomo, escoria.»

Mas tenga entendido nuestro nuevo compañero que ésta, al parecer, sencilla y pacífica tarea, no deja de tener sus amarguras. Los defectos, la imperfeccion inherente á toda obra humana, que aparecen en las nuestras, se exageran y se abultan. La severidad misma, la parsimonia con que la Academia procede para dar carta de naturaleza á voces, locuciones y modismos nuevos, mostrando por ese mismo hecho que ella no se cree autoridad, sino que meramente certifica de lo que es ó ha sido canonizado por el uso de los doctos; esa misma escrupulosa circunspeccion, que no es otra cosa en resúmen sino la estricta observancia de los deberes de su instituto; esa se le achaca á delito por los que quisieran introducir en una lengua de tan hondas raíces y filosófica ramificacion como la nuestra, en una lengua la más consecuente en su analogía, la de más lógica sintáxis, de tan etimológica y sencilla ortografía y de tan magnífica como armoniosa prosodia, el más espantoso desorden, la caprichosa confusion y la anarquía.

Mas este criterio que la Academia ejerce, natural es que no contente á todos, y ménos aún á los indoctos y espíritus ligeros.

No esperen, pues, gloria ni aplauso, y mucho ménos gloria y aplauso individual, los que se asocien á nuestra improbable tarea. Además de que estas labores literarias, sobre todo las críticas, las filológicas, las etimológicas y gramaticales, rara vez tienen su galardón en el aprecio de los contemporáneos. Forzoso es alzar los ojos á la posteridad y aguardar su fallo; entre tanto, todo es marchar por una senda llena de espinas y de abrojos.

Bien que el Sr. D. Manuel Cañete, que tan al dedillo se sabe á Garcilaso, por él y por su propia experiencia se tenia muy sabido que

Por estas asperezas se camina  
De la inmortalidad al alto asiento,  
Do nunca arriba quien de allí declina.

HE DICHO.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

In the second part of the paper, the author gives a detailed account of the work done in this field. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

The third part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

In the fourth part of the paper, the author gives a detailed account of the work done in this field. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

The fifth part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

In the sixth part of the paper, the author gives a detailed account of the work done in this field. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

The seventh part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

In the eighth part of the paper, the author gives a detailed account of the work done in this field. It is shown that the problem is of great importance and that it has not been completely solved.

## ÍNDICE

### DE LOS DISCURSOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE TOMO.

	Páginas.
Discurso del Sr. D. Rafael María Baralt.....	5
Asunto: Juicio crítico del marqués de Valdegamas (6).—Fisonomía peculiar de su estilo (8).—Unidad que ilumina y explica sus obras (9).—La política en sus relaciones con la historia y ambas explicadas por el dogma, fueron asunto predilecto del marqués (9).—Exámen del <i>Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo</i> (10).—Combátense las ideas fundamentales de este libro (13).—Su utilidad para las costumbres y las letras como la de todos los escritos que despiertan la inteligencia (15).—Del <i>Ensayo</i> puede decirse que el libro es el hombre (16).—Cualidades especiales del autor (17).—Se le reputa como no inferior á los maestros de la escuela neocatólica francesa (19).—Sus escritos y discursos acreditan tambien sus dotes de poeta ( <i>ibid.</i> ).—El <i>Ensayo</i> es una inspiracion de conciencia y no un libro de vanidad ni granjería (22).—Se defiende á su autor de la nota de inconsecuente ( <i>ibid.</i> ).—El <i>Ensayo</i> no es solamente un libro, sino una buena accion y un rasgo de heroismo (23).—Otras dotes del marqués de Valdegamas (24).—Discurso que pronunció en el Congreso en Enero de 1850 ( <i>ibid.</i> ).—Resúmen de sus doctrinas (30).—Procedian estas en parte del terror que le infundió la revolucion de 1848 (31).—Estilo de Valdegamas; indole de su oratoria (32).—Sus imitadores (38).—Digresion sobre el culteranismo moderno (39).—Causas de la corrupcion del lenguaje (41).—En literatura, la licencia es perversion (44).—En qué debe consistir la libertad de las formas y la del estilo (45).—Medio de acelerar la regeneracion de nuestras letras (48).—La sociedad que se despoja de las antiguas formas, pierde su fisonomía, renuncia á su carácter, y se priva de la mas sólida garantía de independencia (49).—La tradicion sensata es la que la Academia está encargada de conservar (50).—Trasformacion del marqués de Valdegamas (52).—Ejemplo fué digno de imitarse en la vida y en la muerte (53).	

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco.....	57
Discurso del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.....	79
<b>Asunto:</b> Demostracion de que Francisco de la Torre fué una persona real y verdadera, y aun poeta de muy diferente carácter y estilo que D. Francisco de Quevedo (80).—Cómo se formó la opinion critica de que el primero fué un personaje fantástico forjado por el segundo (81).—Patria y sucesos de la vida del poeta conjetrados por sus propios versos (82—90).—Muere Francisco de la Torre y van sus escritos á poder de D. Juan de Almeida, quien los da á la estampa (90).—Nueva edicion que hace de ellos Quevedo, dando explicaciones y señas de cómo hubo á la mano aquellas trovas (91).—Confundió sin embargo á Francisco con Alfonso de la Torre (92).—Lopé canta en el <i>Laurel de Apolo</i> el hallazgo de las poesias de la Torre (93).—Don Luis José Velazquez sale á deshora achacándoselas á Quevedo (94).—Aceptan esta cavilacion Luzán, Montiano y Luyando, y otros españoles y extranjeros (96).—Demostraciones varias de ser éste un error patente (97).—Paralelo entre la Torre y Quevedo (98).—Nuevas pruebas fundadas en documentos (101).—Excúsase la critica de la Torre con haberla hecho ya Quintana (102).—Conclusion (104).	
Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. marqués de Molins.....	107
Discurso del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.....	133
<b>Asunto:</b> Juicio critico de D. Manuel José Quintana (134).—No se encerrará en el molde de un elogio académico ( <i>ibid.</i> ).—Breve indicacion de algunas de sus obras (137).—En ellas prepondera siempre la llama del poeta y el impetu del ardiente patricio (139).—El <i>Pelayo</i> (140).—Poesias liricas (141).—Estado de las letras españolas á la aparicion de Quintana (142).—Admiracion excesiva de éste por Melendez (144).—El cual no fué sin embargo su modelo, porque Quintana no recibió sino del fondo de su propia alma sus arrebatadas inspiraciones (145).—Quintana siente y deplora el vacío de las inspiraciones liricas de su época ( <i>ibid.</i> ).—Su oda á Juan de Padilla (146).—El amor á Dios y el amor á la mujer mueven poco el corazon de Quintana (151).—Una sola vez suena en la poesia lirica de Quintana el nombre de Dios (153).—Del amor santo y místico que hace de una mujer la compañera de nuestra vida, apenas se advierte rastro en las obras poéticas de Quintana (154).—Su musa no tenia acentos para los desvarios misticos ó tiernos del amor (155).—Sus composiciones á Luisa Todi, á Cintia, á la Duquesa de Alba, á Célida ( <i>ibid.</i> ).—Canto á la <i>Hermosura</i> (156).—Tendencia materialista que prepondera en los cantos de Quintana á la mujer (157).—Compruébase por su composicion incluida en la <i>Corona fúnebre</i> á la Duquesa de Frias ( <i>ibid.</i> ).—El	

amor á la humanidad es uno de los mas puros y nobles manantiales de la poesia de Quintana (158).—Su oda *A la propagacion de la vacuna en América* (159).—La escrita *A la invencion de la imprenta* (*ibid.*).—La de *El panteon del Escorial* (162).—Monólogo de *Ariadna* (167).—Otras composiciones (169).—Se omite deliberadamente el hablar de la vida de Quintana (173).—No somos todavia posteridad para él, y es de temer la parcialidad de nuestro juicio (174).—Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana (175).

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano..... 179

Discurso del Sr. D. Manuel Cañete..... 197

**Asunto:** Paralelo de Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Rioja (199).—Estado de la civilizacion y de la poesia española cuando apareció el primero (200).—España llega á hacer el primer papel en aquel siglo (201).—Nuestros ingenios imitan á los poetas del siglo de Augusto y á los toscanos (*ibid.*).—Se censura esta falta de originalidad, pero presentándola como disculpa de Garcilaso (203).—Exámen crítico de las obras de éste, de su gusto y estilo (204).—Garcilaso, como casi todos los líricos del renacimiento, no parece español ni cristiano á causa de la mania mitológica (206).—Nueva série de imitadores, más originales y más cristianos: Fr. Luis de Leon (208).—Escribió sus obras poéticas en la mocedad (209).—*La profecia del Tajo*, indicio de que va modificándose el carácter de la inspiracion (209).—Carácter de las obras de Fr. Luis (210).—Empieza la decadencia de España: aparece Rioja (216).—Sus obras: el *Aristarco*, el *Nicandro*, la *Epistola moral* (217).—Causa de la profunda amargura y humor satírico de este poeta (218).—Se cotejan sus ideas y su estilo con los de Garcilaso y Fr. Luis (220).—Conclusion: sólo con el comercio y observacion de la naturaleza, y admirándola como obra de Dios, puede el hombre emularla en acentos poéticos (222).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio María Segovia..... 225

Discurso del Sr. D. Manuel Tamayo y Baus..... 255

**Asunto:** De la *Verdad*, considerada como fuente de belleza en la literatura dramática (256).—El hallazgo de lo verdadero es el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento (*ibid.*).—Las artes, y entre ellas la poesia en todos sus géneros, especialmente en el *dramático*, representan la verdad como una realidad sensible (257).—En esta realidad se comprende lo visible y lo invisible (258).—El arte no copia lo real, sino que inventa lo verosímil (259).—En el personaje dramático aparecen á un tiempo el individuo y el hombre en general (261).—No se embellece la naturaleza humana despojándola de sus flaquezas ni pintando tipos arbitrarios (262).—Importa ante todo

en la literatura dramática proscribir todo linaje de impureza (266).— Debe la forma ser tan verdadera como el fondo (267).—Compruébanse estas reglas con algunos ejemplos (270).—La forma romántica triunfa de la clásica por ser más verdadera (276).—Carácter de nuestro teatro fundado en el siglo XVII (277).—Conclusion: Cuando en el arte aparezcan hermanados lo bello, lo verdadero y lo bueno, será digno empleo del espíritu que nos infundió el Supremo Hacedor (290).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. . . . . 293

**Discurso** del Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau. . . . . 307

**Asunto:** Idea general del origen y de la formacion del castellano (309).—No debe buscarse fuera del latin el origen de los idiomas de la Europa latina (310).—Influencia de los godos y los francos en las lenguas modernas (312).—Vocablos de procedencia germánica (313).—Escasa participacion del árabe: pronunciacion gutural de la *j* y ceceo de la *z* (314).—El armazon del castellano se encuentra en el latin (316).—De él solo nació el *castellano* (317).—¿Es del latin *noble* ó del *plebeyo*? (318).—Yerran los que niegan la necesidad del conocimiento del latin (323).—¿Son el castellano y los demas romances una *corrupcion*, ó una *evolucion* del latin vulgar? (324).—Lucha con el idioma germánico en el siglo V (326).—El romance acabó de desterrar al latin en el siglo X (327).—Se impugna á *Raynouard*: entre los romances no hay filiacion, sino fraternidad (328).—Conclusion (329).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch. . . . . 333

**Discurso** del Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal. . . . . 371

**Asunto:** Observaciones sobre la *Novela* (375).—Su definicion (*ibid.*).—La verisimilitud, primera condicion de la novela (377).—¿Ha de condenarse la novela como género esencialmente pernicioso? (379).—La inundacion de novelas inmorales es causa de semejante error (380).—Se citan las perniciosas máximas y doctrinas de algunas novelas modernas (382).—Estas manchas se deben á la mania de convertir en cátedra el terreno literario (385).—La doctrina moral de la novela debe resultar de la fábula, y no de sermones inoportunos (388).—Resortes principales (*ibid.*).—Novelas históricas (389).—Novelas francesas modernas y sus traducciones (393).—Se impugna la opinion de que el ingenio español no es propio para sobresalir en la novela (394).—Que los asuntos de nuestro teatro son verdaderas novelas (395).—Se citan algunas de las antiguas para probar que las hubo anteriores á Cervantes (396).—El Quijote (399).—Novelas españolas modernas (400).—Conclusion: La Academia debe fomentar el cultivo de este género de literatura (402).



Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. Duque de Rivas.....	405
Discurso del Ilmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.....	417
<p><b>Asunto:</b> Excelencia, importancia y estado presente del teatro (421).—Esta institucion no es de naturaleza mortal (<i>ibid.</i>).—Su importancia, deducida de su origen y de su duracion (423).—Recursos del teatro en el órden moral y en el económico (425).—Si es ó no el teatro <i>escuela</i>, ó como sienten otros, <i>reflejo</i> de las costumbres (427).—Situacion en que yace hoy en España (433).—Causas de su abatimiento (436).—Legislacion teatral (438).—Conclusion: La Academia deberia iniciar la regeneracion del teatro nacional (441).</p>	
Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio.....	447



Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, num. 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de Gonzalez, calle del Principe, num. 12.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
<i>Gramática</i> de la lengua castellana.....	15	
<i>Compendio</i> de la misma destinado á la segunda enseñanza.....	4	
<i>Epítome</i> de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.....	2	
<i>Diccionario</i> de la lengua castellana, décima edición.....	88	76
<i>Prontuario de Ortografía</i> de la lengua castellana.	3	
Obras poéticas del <i>Duque de Frias</i> , un tomo en 4.º mayor, edición de todo lujo.....	40	
Obras poéticas de <i>D. Juan Nicasio Gallego</i> , un tomo en 8.º prolongado.....	20	
<i>El Fuero Juzgo</i> en latin y en castellano, un tomo en fólio.....	32	
<i>D. Quijote</i> con la vida de Cervantes, cinco tomos.	80	50
<i>Vida de Cervantes</i> , un tomo.....	30	25
<i>El siglo de Oro</i> de Bernardo de Valbuena, con el poema <i>La Grandeza Mejicana</i> , un tomo....	16	
<i>Discursos</i> de recepción de la Real Academia Española, cada tomo en 8.º mayor.....	20	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando una vez 200 ó más ejemplares.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en el despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de González, calle del Príncipe, núm. 12.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR.			
En pasta.	En rústico.	En papel.	
Rs. vs.	Ms. vs.	Rs. vs.	
		50	Discursos de recepción de la Real Academia Española, cada tomo en 8.º mayor.
		16	El poema La Granada Meléndez, un tomo.
		16	El siglo de Oro de Bernardo de Valbuena, con
		50	Vida de Cervantes, un tomo.
		50	A. Góngora con la vida de Cervantes, cinco tomos.
		32	no en folio.
			El Nuevo teatro erudito y en castellano, un to-
		20	mo en 8.º, protomado.
			Obra póstuma de D. Juan Vázquez Gálvez, un
		70	en 4.º mayor, edición de todo lujo.
			Obra póstuma del Duque de Frías, un tomo.
		4	Prohemio de Ortopista de la lengua castellana.
	88		ción.
			Historia de la lengua castellana, décima edi-
		2	ción.
			Epítome de la misma Gramática, dispuesto para
		4	enseñanza.
			Compendio de la misma destinado a la segunda
		12	edición de la lengua castellana.

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. A los que compran de 12 a 30 ejemplares del Diccionario, de la Gramática y del Compendio y Epítome de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 30 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los Prohemios de Ortopista cuando una vez 200 ó más ejemplares.